

LITERATURA UNIVERSAL. TEXTOS DE DANTE, PETRARCA, BOCCACCIO PARA COMENTARIO

LXI

Benedetto sia 'l giorno, e 'l mese, e l'anno,  
e la stagione, e 'l tempo, e l'ora, e 'l punto,  
e 'l bel paese, e 'l loco ov'io fui giunto  
da' duo begli occhi che legato m'hanno;

Se benedetto il primo dolce affanno  
ch'i'ebbi ad esser con Amor congiunto,  
e l'arco, e le saette ond'i' fui punto,  
e le piaghe che 'nfin al cor mi vanno.

Benedette le voci tante ch'io  
10chiamando il nome de mia donna ho sparte,  
e i sospiri, e le lagrime, e 'l desio;

e benedette sian tutte le carte  
ov'io fama l'acquisto, e 'l pensier mio,  
ch'è sol di lei, sì ch'altra non v'ha parte.

CXXXIV

Pace non trovo, e non ho da far guerra;  
E temo e spero, ed ardo e son un ghiaccio;  
E volo sopra 'l cielo e giaccio in terra;  
E nullo stringo, e tutto il mondo abbraccio;

Tal m'ha in prigion, che non m'apre, ne serra;  
Ne per suo mi riten, ne scoglie il laccio;  
E non m'ancide Amor, e non mi sferra;  
Ne mi vuol vivo, ne mi trae d'impaccio.

Veggio senz'occhi, e non ho lingue e grido;  
E bramo di perir, e chieggo aita;  
Ed ho in odio me stesso, ed amo altrui;

Pascomi di dolor, piangendo rido;  
Equalmente mi spiace morte e vita,  
In questo stato son, Donna, per vui.

CCXCII

Gli occhi di ch'io parlai sí caldamente,  
et le braccia et le mani et i piedi e 'l viso,  
che m'avean sí da me stesso diviso,  
et fatto singular da l'altra gente;

5le cresse chiome d'òr puro lucente  
e 'l lampeggiar de l'angelico riso,  
che solean fare in terra un paradiso,  
poca polvere son, che nulla sente.

Et io pur vivo, onde mi doglio et sdegno,  
10rimaso senza 'l lume ch'amai tanto,  
in gran fortuna e 'n disarmato legno.

Or sia qui fine al mio amoroso canto:  
secca è la vena de l'usato ingegno,  
et la cetera mia rivolta in pianto.

LXI

Benditos sean el año, el mes, el día,  
la estación, la hora, el tiempo y el instante,  
y el país y el lugar en que delante  
de los ojos que me atan me veía;

y el dulce afán primero que sentía  
cuando me ataba Amor, y aquel tirante  
arco, y sus flechas, y, en mi pecho amante,  
las profundas heridas que me abría.

Bendito sea el incesante acento  
que llamando a mi dama he difundido,  
y el llanto y el deseo y el lamento,

y bendito el papel con que solía  
ganarle fama y, ay, mi pensamiento,  
del que nadie más que ella disponía.

CXXXIV

No tengo paz ni puedo hacer la guerra;  
temo y espero, y del ardor al hielo paso,  
y vuelo para el cielo, bajo a la tierra,  
nada aprieto, y a todo el mundo abrazo.

Prisión que no se cierra ni des-cierra,  
No me detiene ni suelta el duro lazo;  
entre libre y sumisa el alma errante,  
no es vivo ni muerto el cuerpo lacio.

Veo sin ojos, grito en vano;  
sueño morir y ayuda imploro;  
a mí me odio y a otros después amo.

Me alimenta el dolor y llorando reí;  
La muerte y la vida al fin deploro:  
En este estado estoy, mujer, por tí.

CCXCII

Sus ojos que canté amorosamente,  
su cuerpo hermoso que adoré constante,  
y que vivir me hiciera tan distante  
de mí mismo, y huyendo de la gente,

Su cabellera de oro reluciente,  
la risa de su angélico semblante  
que hizo la tierra al cielo semejante,  
¡poco polvo son ya que nada siente!

¡Y sin embargo vivo todavía!  
A ciegas, sin la lumbre que amé tanto,  
surca mi nave la extensión vacía...

Aquí termine mi amoroso canto:  
seca la fuente está de mi alegría,  
mi lira yace convertida en llanto.

*Canzoniere, Petrarca*

« ¿Ahora quién sabe en donde la pendiente  
-deteniéndose, dijo mi maestro-  
pueda subir aquel que va sin alas?»

Y mientras meditaba con la vista  
baja, sobre la suerte del camino,  
y yo miraba arriba del peñasco,

a mano izquierda apareció una turba  
de almas que venía hacia nosotros,  
mas tan lentos que no lo parecía.

«Alza -dije- maestro, la mirada:  
hay aquí quien podrá darnos consejo,  
si no puedes tenerlo por ti mismo.»

Entonces miró, y con el rostro sereno  
me dijo: «Vamos pues, que vienen lentos;  
y afirma la esperanza, dulce hijo.»

Tan lejos aún estaba aquella gente,  
luego de haber mil pasos caminado,  
como un buen lanzador alcanzaría,

cuando a las duras peñas se arrimaron  
de la alta sima, quietos y apretados,  
cual caminante que dudoso mira.

«Felices muertos, almas elegidas  
-Virgilio dijo- por la paz aquella  
que todos esperáis, según bien creo,

decidnos dónde baja la montaña,  
para poder subir; pues más disgusta  
perder el tiempo a quien su precio sabe.»

*Purgatorio. Canto III. Dante*

Y digo que tan fuerte y poderosa fue la peste narrada, que no solamente pasaba de una persona a otra, sino que las cosas del enfermo o muerto de la dolencia que eran tocadas por animales ajenos a la especie humana, les contagiaba y aun les hacía morir en espacio brevísimo. Por mis propios ojos (como antes dije) presencié, entre otras cosas, esta experiencia un día: yacían en la vía pública los harapos de un pobre hombre muerto hacía un rato, y dos puercos, acercándose, oliéronlos y los asieron con los dientes, según su costumbre; a poco, tras algunas convulsiones, como si hubieran tomado veneno, ambos cayeron muertos sobre los mal compuestos andrajos. Estas cosas, y otras parecidas o peores, produjeron mucho miedo e imaginaciones entre los que conservaban la vida. Casi todos tendían a un único fin: apartarse y huir de los enfermos y de sus cosas; obrando de esta manera creían mantener la vida. Algunos pensaban que vivir moderadamente y guardarse de todo lo superfluo ayudaba a resistir tan grave calamidad, y así, reuniéndose en grupos, vivían alejados de los demás, recogiendo en sus casas, recluyéndose en los sitios donde no había ningún enfermo, y disfrutando de la música y otros sensatos placeres que tenían a la mano. Otros, de parecer contrario, pensaban que gozar, beber mucho y vivir solazándose, satisfaciendo todos los apetitos que tenían a su alcance, riendo y mofándose, era la medicina precisa contra el mal. Y lo que pensaban, poníanlo en práctica según sus medios; se pasaban el día y la noche de taberna en taberna, bebiendo sin parar y excediéndose en todo lo que les agradaba. A esto podían entregarse con ligereza, ya que todos (como si no fueran a seguir viviendo) habían dejado sus negocios en el abandono, y la mayoría de las casas eran del dominio común, utilizándolas los extraños como si fueran los propios dueños. Y con esta extraña conducta, siempre se apartaban de los enfermos. En nuestra ciudad había tanta aflicción y miseria, que la suprema autoridad de las leyes, tanto divinas como humanas, decayó y desapareció totalmente, porque los ministros y ejecutores de ellas, como los demás hombres, habían muerto o enfermado; o bien alejaronse de tal modo con sus familias, que no podían cumplir oficio alguno, por lo que resultaba lícito ejecutar lo que antojara a cada uno.

*Decameron, Boccaccio*